

# «No llevéis alforjas para el camino»

Benjamín GONZÁLEZ BUELTA\*

Esta palabra es dirigida por Jesús a los discípulos cuando los envía «a las ciudades y lugares por donde pensaba ir» (Lc 10,1). No es comprensible para un cristianismo instalado, previsible, incapaz de sentir la urgencia de la hora presente, hecha grito en millones de rostros, y de escuchar la llamada del Absoluto, que nos alcanza en todas las dimensiones de nuestra persona para una comunión sin límites al ir construyendo su Reino con él.

Es difícil acoger esta palabra de Jesús en una sociedad del consumo, del bienestar, del entretenimiento... Tiene algo de desmesurada. Parece chocar con una necesidad de previsión y con la prudencia de no correr riesgos innecesarios.

Si la situación presente es acomodada y nos envuelve como un nicho bien ceñido a nuestra estatura, a lo que poseemos, somos y creemos, es bien difícil avanzar ágilmente con Dios anunciando y creando juntamente con él su futuro y nuestro futuro en el mundo.

Adonde apunta esta frase no es simplemente a la materialidad de las alforjas, sino también al corazón de quien se desprende de ellas seducido apasionadamente por Dios y su Reino en el seguimiento de Jesús, porque quiere avanzar «solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce» (EE, 23) para crear su Reino en nuestra situación concreta de grandes desafíos, donde «la mies es mucha, y los braceros pocos» (Lc 10,2).

## 1. Jesús: su urgencia y su pasión

Jesús se ha puesto ya en camino hacia Jerusalén. Galilea es un escenario triunfal. Las muchedumbres lo siguen hasta el agotamiento y con un fervor mesiánico que invade todas sus horas. Pero la mirada profunda de Jesús ve que su mesianismo ha sido reducido a la expectativa estrecha y triunfalista de los galileos.

Es necesario ir a Jerusalén para enfrentarse allí, con el anuncio del Reino, a las instituciones del pueblo judío que crecen a la sombra del templo. Dejar el éxito y avanzar en la fragilidad hacia la amenaza, no es comprensible. Pedro es el «Satanás» que se opone (Mc 8,33).

Para Jesús no hay más absoluto que Dios y su Reino. Todo lo demás se desprende de su persona. Ésta es la hora de la confrontación en el centro del judaísmo. No hay dilaciones. Ha llegado la «hora».

En el camino hacia Jerusalén, algunos quieren seguir a Jesús. Pero él les adviene: «El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza»; no se puede arar este campo mirando hacia atrás con nostalgias del pasado, ni hay tiempo para enterrar al padre que ha muerto (Lc 9,57-62).

En este camino que sube a Jerusalén, Jesús mira la amplitud de la mies y envía setenta y dos discípulos para anunciar el Reino en las ciudades por donde él tenía que pasar. Les da unas instrucciones del estilo que deben observar: «No llevéis alforjas» (Lc 10,4), ni sandalias, ni dinero. No os entretengáis en los largos saludos que interrumpen la misión. Y ofreced la paz. Ni llevéis alforjas ni traigáis alforjas. Vivid de lo que os brinde la hospitalidad, y estad contentos con eso (Lc 10,1-12). A la luz de todo el capítulo 10 de Lucas, veremos la profundidad de esta sentencia.

Subir, pasar, recorrer... con urgencia los caminos, unificada toda la persona en torno a un único deseo apasionadamente seguido, es la propuesta. La nitidez de esta opción se expresa en un desprendimiento de todo lo que puede hacer pesado el paso, interesado el ojo de la intención o confuso el mensaje para el pueblo.

## 2. El estilo de la misión

- a) El anuncio se realiza en una presencia pobre y ágil, que vive la humilde relación de la acogida en la hospitalidad, donde se comparte lo que aparece, no se exige nada, y no se escoge ni se discrimina a las familias por su capacidad económica. El enviado entra en la primera casa que le abra la puerta. Ni ofrece ni exige.
- b) El deseo de llevar alforjas para hacer más eficaz la misión siempre ha sido una tentación. Ante el contenido de las alforjas, puede acudir la gente y desvirtuarse la acción de la palabra que tenemos que anunciar con toda transparencia.

---

\* Jesuita, Provincial de las Antillas. Santo Domingo.

Puede caer el enviado en alguna de las tentaciones que ya se le presentaron a Jesús en el desierto, cuando buscaba en la oración el estilo de su propia misión. A su silencio llegaban con urgencia intensa las necesidades de su pueblo, y también las expectativas de las muchedumbres y de los grupos religiosos que se disputaban el futuro.

Podemos **reducir** a las personas a consumidores de pan, al responderles sólo con los medios necesarios para conservar la vida, olvidando que la persona vive también de la palabra que sale de la boca de Dios (Mt 4,4) y que hace a todo otro verdadera persona en el encuentro, con capacidad para producir el pan y compartirlo.

Podemos **seducir** al pueblo ávido de prodigios, al presentamos ante él con los signos de lo deslumbrante, de la ostentación y del prestigio, sin dejarlos libres ante la palabra (Mt 4,6) de un Dios que se acerca en la existencia amiga y vulnerable en Jesús.

Podemos **dominar** con el poder que nos confieren nuestros medios y oscurecer una palabra que es principalmente servidora de toda persona y adoradora de Dios (Mt 4,10), como se revela en Jesús, verdadero servidor, con el delantal a la cintura (Lc 12,37).

- c) Tampoco podemos **traer alforjas** llenas de la misión. Cualquier interés de beneficio personal en el anuncio de la palabra, poniéndole tarifas económicas, afectivas, de lealtades personales o de reconocimiento..., tergiversa la limpidez del mensaje que anunciamos. No cabe la transacción mercantil en la relación apostólica.

### 3. Éxitos y rechazos

En nuestra sociedad estamos sometidos a técnicas refinadas de relaciones humanas mediante el incesante acoso de los medios publicitarios para reducirnos a clientes de los productos, seguidores fanáticos de los espectáculos o militantes fieles de partidos y organizaciones.

Pero la relación apostólica se da en la libertad, y no en la reducción acomodaticia, ni en la seducción ostentosa, ni en la dominación del poder. **Sólo es posible evangelizar en una relación de gratuidad**, donde ni llevamos alforjas ni las traemos, y por eso es posible el rechazo o la acogida. Su verdad y transparencia está en su vulnerabilidad.

Como se habla de libertad a libertad, el mensaje se puede acoger o se puede rechazar. El rechazo puede ser una expresión de la honestidad de nuestro modo de proceder en la misión. Tanto puede revelar la cerrazón de la persona ante el mensaje como la ambigüedad del enviado que enturbia el anuncio con los falsos intereses escondidos en sus alforjas.

Por eso, inmediatamente después del envío de los discípulos, nos presenta Lucas el fracaso de Jesús ante las ciudades de Corozáin, Betsaida y Cafarnaún. El corazón dolorido de Jesús se expresa con fuerza al ver cómo estas ciudades no acogen la vida que él les ofrece y escogen precipitarse en el abismo (Lc 10,13-15).

Mientras **Jesús fracasa, los discípulos triunfan**. Su regreso no puede ser más exitoso. «Señor, en tu nombre hasta los demonios se nos sometían» (Lc 10,17). Los setenta y dos «regresaron muy contentos» (Lc 10,17).

Jesús acoge esta alegría legítima nacida en medio de su misión de incipientes enviados. Pero puntualiza su razón: «No os alegréis de que los espíritus se os sometan, sino de que vuestros nombres están registrados en el cielo» (Lc 10,20). El éxito constatable no siempre se experimenta cuando nosotros queremos ni como nosotros planificamos. La alegría del enviado tiene que estar fundamentada más hondamente. Los nombres de los discípulos están tatuados en las manos de Dios, son herederos del Reino de Dios. Ésta es la razón profunda de la alegría.

Jesús acoge la alegría que le llega desde los discípulos y da gracias al Padre: «Ocultando estas cosas a los entendidos, se las has revelado a los ignorantes» (Lc 10,21). Éste es el estilo de Dios, su manera de hacer las cosas, que Jesús conoce ahora al ver lo que está sucediendo con los discípulos. Para el mismo Jesús, ésta es una constatación importante que viene a voltear los parámetros de este mundo. Que los ignorantes se conviertan en los maestros, es una verdad evangélica que no siempre es acogida. Pero con el rechazo de esta enseñanza se rechaza también la alegría que viene de Dios a través de los pequeños de este mundo.

Importante precisión de Jesús para tiempos de desencantos, estancamientos y aparentes retrocesos, cuando nuestra palabra parece diluirse en el aire de la increencia o de la injusticia, cuando no vemos caer a los demonios y cuando otros espíritus diabólicos parecen ahogar al Espíritu del que vivimos y que está animando el corazón de la historia.

La alegría que nace de la desproporción entre la fragilidad y los límites del mensajero y el fruto de la misión, es una alegría que es ya expresión de la vida del Reino brotando desde la fuerza de la palabra de Dios, que camina y se anuncia a través de nuestras grietas e inconsistencias. Esta alegría es reveladora del ahora del Reino ya presente y salvador.

También el que sabe detenerse y contemplar esta alegría puede sentirse asociado a ella y a la obra del Dios que reparte «comida y alegría en abundancia» (Hch 14, 17).

#### **4. La humildad de Dios**

Después de mostrarnos a Jesús reprochando la cerrazón de las ciudades del lago ante su predicción, nos presenta Lucas unas palabras que nos ayudan a comprender mejor hasta qué punto llega *la humildad de Dios en este magisterio desde los «ignorantes»*.

«Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia; quien a mí me desprecia, desprecia al que me envió» (Lc 10,6).

La identificación de Jesús y de Dios con esos enviados lanzados a la misión, verdaderos aprendices del Reino, sin formación especial, nos pone de relieve la necesidad de una pobreza fundamental a la hora de anunciar el Reino, tanto en la manera de ser ante Dios como en la forma de relacionarnos con los demás. Sobre esta pobreza de base se pueden acoger los dones que Dios nos regale.

En esta humildad de Dios reconocemos su grandeza. No nos salva desde la asepsia de una distante etimidad, sino desde la cercanía que lleva a la identificación con los que él envía para anunciar su palabra. Todavía hoy resuena esta palabra en las personas descalificadas por nuestro sistema que han logrado formular la denuncia del desajuste estructural en que vivimos, y anunciar la aspiración indestructible a la vida justa y creyente que el Espíritu alienta «con gemidos inefables» (Rom 8,26).

#### **5. En el centro de la misión**

Lucas nos muestra a continuación el centro del mensaje de Jesús, ante la pregunta de un jurista: «Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda el alma, con toda la mente, y al prójimo como a ti mismo» (Lc 10,27)

Tres veces se repite la palabra «todo» en un espacio tan breve. No cabe duda de que se está hablando del amor a Dios, de un amor de totalidad que no deja nada fuera, que está en el centro de la persona como el absoluto incuestionable. A este amor se une de manera ineludible el amor a sí mismo y al prójimo.

La parábola del buen samaritano expresa este amor de gratuidad plena. El samaritano no es un enviado en una misión apostólica, sino un personaje de la vida cotidiana que se mueve con los recursos necesarios para hacer un viaje, pero se acerca al herido del camino sin dar rodeos como el sacerdote y el levita, funcionarios del mundo religioso. Interrumpe la urgencia de su propio proyecto, supera la tradición religiosa y el peso de la cultura que prohibía acercarse y hablar a judíos y samaritanos, y auxilia a ese judío herido. Y no pone límites a sus gastos. Primero le da unas monedas al dueño de la posada. Luego le dice que gaste lo que sea necesario, y al regreso se lo pagará.

El samaritano viaja con las *alforjas abiertas* y hace con su acción la exégesis del texto del Levítico que buscaba el jurista. Es el verdadero maestro de la ley que conoce el sentido de las escrituras, y lo revela al realizarlo...

Los enviados a anunciar el mensaje de la llegada del Reino, y todo el que va en el seguimiento de Jesús, pueden contemplar ahora en esta parábola cómo llega el Reino adonde no pensaban y sin los deslumbres de prodigios fascinantes. El amor discreto del samaritano, sin restricciones religiosas, culturales o económicas, de alforjas abiertas, presenta ya el amor en acción, el amor de totalidad, que es don del Reino.

#### **6. El difícil uso de los medios**

En la comunidad itinerante de Jesús con sus discípulos, formada por hombres y mujeres, llevaban algunos recursos económicos, y Judas era el que guardaba el dinero. Esa pequeña cantidad no impedía que la comunidad fuese desinstalada y pobre.

Nosotros a veces tenemos que utilizar grandes recursos. No siempre se hace fácil discernir el usarlos «tanto cuanto» necesitamos. No siempre, ni frecuentemente, se evangeliza sólo en misiones limitadas a expediciones de corto tiempo y equipaje escaso. Utilizamos instituciones que exigen presupuestos altos, un aparato administrativo bien organizado y medios tecnológicos modernos.

Pero podemos sentir si la palabra que le llega a un campesino perdido en la montaña a través de una pequeña radio es evangélica o no. Si lo que habla es la autenticidad del evangelio, que se expresa a través de la electrónica de la radio, o si el aparato técnico y administrativo ha vaciado de evangelio la palabra, de tal manera que lo que llega es el medio poderoso, desplazando al Espíritu que libera y salva.

Hay personas que aparecen en los medios de comunicación y son buscadas por los cazadores de noticias para conseguir una foto o una palabra. Atraviesan aeropuertos, hablan a multitudes y dirigen organizaciones internacionales. Pero son personas sin alforjas. Han logrado dejarse llevar por el Espíritu, de tal modo que se mueven libres de la cadena de ofertas jugosas pero condicionadas, y hablan y actúan respondiendo a las necesidades de los demás, y no a sus expectativas cuando no coinciden con el anuncio del Reino. Rajan o acarian según la enfermedad, no según el interés del paciente. Su personalidad evangélica no es devorada por el medio que la transmite, sino que logra transmitir un aire nuevo que redime el cálculo de la técnica por donde pasa.

Evangelizar exige a veces el rigor minucioso de los números, hasta del último centavo, que bien pudiera ser el regalado por la viuda pobre de la parábola (Lc 21,1-4). Es un principio de realidad y de amor indispensable en la administración de lo que no es nuestro, sino de todos. Pero el ir sin alforjas no se logra sólo estudiando minuciosamente la casuística de los tantos por ciento, ni de los calculados «hasta dónde» y «hasta cuánto», sino desde la contemplación del Jesús del evangelio y de su cuerpo sufriente que crece hoy en la historia, donde las vidas despojadas de todo tienen todavía espíritu para el trabajo, el compartir, la lucha y el canto.

## 7. La conversión al futuro

Al final de este capítulo 10, Lucas nos presenta a Marta y a María recibiendo a Jesús en su casa (Lc 10,38-42). Jesús se ha acogido a la hospitalidad, como él mismo había enseñado a sus discípulos al enviarlos a predicar al comienzo de este capítulo.

Marta, actuando con toda diligencia, «se afanaba en múltiples servicios» (v. 40). Se mueve con generosidad, según las leyes de la hospitalidad judía. María, «sentada a los pies de Jesús, escuchaba sus palabras» (v. 39). Marta es la fidelidad a la tradición de la hospitalidad judía. María ha quedado *fascinada por la novedad* que Jesús enseña, y quiere acogerla plenamente, polarizada toda su persona por el Reino, porque «una sola cosa es necesaria» (v. 42), mientras que Marta vive preocupada e inquieta «por muchas cosas» (v. 41). «María escogió la mejor parte, y no se la quitarán» (v. 42).

La atención a la novedad que Jesús anuncia en cada momento de la historia, es lo único importante. Dios hace nuevas todas las cosas. La mirada contemplativa sobre Jesús y sobre la historia nos ayuda a descubrir esa novedad en cada momento. Esa novedad es lo «único» que debe polarizar nuestra persona y orquestar a su alrededor todo lo demás.

La parábola del buen samaritano, que está en el centro del mensaje, nos enseña a contemplar en primer lugar a los caídos que están al borde del camino, y movilizan no sólo nuestra sensibilidad, sino también nuestros recursos. Nos lleva a contemplar también a los que están fuera de nuestra Iglesia, en el mundo secularizado, en culturas diferentes de las nuestras y en otras religiones, pues el samaritano pertenece a otra cultura y a otra religión.

¿No es Jesús el buen samaritano que baja hasta los caídos para acercarse hasta nosotros? (Flp 2,3-8). ¿No es Jesús también el asaltado al borde del camino, puesto que se identifica con todos los desnudos y hambrientos, con todos los despojados? (Mt 25,31-46). Los asaltados de este mundo y los que están fuera de nuestro universo cultural y religioso son un lugar de contemplación para descubrir hoy a Jesús de nuevo y sus propuestas de vida justa para todos, como las descubrió María escuchando al Jesús histórico.

No llevar alforjas es lo que nos permite estar ágiles y libres para acoger la propuesta del futuro y para que ésta entre dentro de nosotros, atraviere toda nuestra persona, despierte nuestra mejor creatividad y pase por nuestras manos para que pueda hacerse realidad en esta historia nuestra.

Los desafíos ingentes que nos plantea el mundo postmoderno y globalizado para la fe y la justicia no pueden llevarnos a encerrarnos temerosos con nuestros haberes, de cualquier tipo que sean, sino a contemplar con esperanza el mundo en el que Dios actúa y crea el futuro nuevo de justicia para todos. Ahí es donde podremos descubrir la nueva oferta de Dios, «lo único necesario», que es vida nueva y salvación para todos. Convertirse al dolor del mundo que yace saqueado al borde del camino es convertirse también al futuro de Dios entre nosotros.

## **8. ¿Algo nuevo que anunciar?**

Si viajamos con exceso de equipaje, casi no nos atrevemos a movernos, porque hay mucho que empaquetar y asegurar con buenas cerraduras; cuesta cargar con todo, y nos sentimos inquietos, porque hay que mantener una vigilancia continua para no perder nada en el camino o para que no nos roben algo. Pertrechados con tantas posesiones de tantos tipos diferentes, es imposible salir a anunciar el evangelio sin equipaje, sin alforjas.

Tal vez la alegría de descubrir lo nuevo de Dios hoy en nuestro mundo, fuera de nuestros mapas y rutinas, nos permita desinstalarnos y salir de nuestros trillos gastados y habituales. Para esto tendremos que contemplar dónde aparentemente no está Dios, ni la verdad, ni la fuerza, entre samaritanos y asaltados que yacen medio muertos al borde del camino.

*Nuestra conversión es a la vida, al futuro, a lo inesperado* que nos regala el Dios que hoy «hace nuevas todas las cosas» (Ap 21,1-5), pues Dios vino al mundo para renovarlo.